

al mar á buscar su sustento, y duermen por la noche en nidos subterráneos que forman á la profundidad de tres ó cuatro piés. La segunda de otros del tamaño de un pato, negros por el lomo, blancos por el vientre, con el pieo corvo y los dedos armados de gruesas uñas para la pesca, en la que se ocupan tanto de dia como de noche, cuando el mar está alterado, pues cuando está tranquilo se retiran á la isla, y habitan tambien debajo de tierra en agujeros de diez á doce piés de profundidad. La caza de los pájaros atrae allí á veces á los indios del continente y aun á los de la isla *Huamalgua*.

Huamalgua, esto es, isla nebulosa, dista de la de *Afegua* poco mas de cuatro leguas, y ambas están situadas á los 31° de latitud Norte, segun calculó el padre Taraval. *Huamalgua* es una isla triangular, cuyo lado mayor tiene dos jornadas de un cabo al otro, y en medio de ella hay un monte muy alto. Abunda en manantiales de agua dulce, en venados, conejos, pájaros de diversas especies, y sobre todo, en lobos marinos. Los venados son mas chicos que los de la California y tienen el pelo mas espeso. Entre los conejos hay algunos del todo negros y cubiertos de un pelo mas suave que el del castor.¹ Hay tambien algunas nutrias. El mezcál que sirve de pan á los indios, es mas jugoso que el de la California. En la playa se encuentran muchas especies de conchas, y entre ellas las turquíes, tan apreciadas por su singular hermosura. El mar es frecuentado de muchas pequeñas ballenas, que los indios pescan con horquillas de madera, tan solo por interés de los nervios, que les sacan para hacer con ellos las cuerdas de sus arcos.

Desde la cumbre del monte vió el padre Taraval dos isletas hácia el Oriente y á distancia de ocho á diez leguas, y por otro rumbo otras tres habitadas solamente de nutrias y lobos marinos, que á veces van á cazar los indios. Hácia el Norte observó á mucha distancia otras islas mas grandes, que creyó, no sin razon, que serian las que forman el canal de Santa Bárbara, comenzando por la de Santa Catarina.

Los habitantes de *Huamalgua* eran pocos, y no fué difícil inclinarlos á que se trasladasen á *Kadakaaman* á intruirse y bautizarse, á excepcion de un guama, el cual se opuso de tal modo, que todos habian resuelto dejarle solo en la isla, pues ni aun su mujer quería quedarse; mas viendo él que todos se iban, se determinó á acompañarlos, aunque de mala gana. Habiéndose embarcado en sus balsas, se vieron obligados por una tempestad á refugiarse en la isla de *Aseguá*, en donde estuvieron algunos dias sustentándose con mezcál. Cuando se tranquilizó el mar se arrimaron á la península, y navegando tierra á tierra, vieron en algunos bancos muchos lobos marinos. El

1 Tal vez los cuadrúpedos que el padre Taraval tuvo por conejos y venados, son animales de distinta especie.

guama, que aun iba muy disgustado en aquel viaje, queriendo matar un lobo, se echó á la agua y se fué á nado hácia los bancos; mas al volverse, porque los lobos habian huido, fué cogido por un tiburón: con sus extraordinarios esfuerzos habia conseguido desprenderse de los dientes de aquella horrenda bestia; mas volviendo esta á cogerle con mayor fuerza, se hundió con él, y no volvió á ser visto. La pérdida de este infeliz causó grande pesadumbre al padre Taraval; pero sirvió de afirmar á aquellos gentiles en su buen propósito. Habiendo llegado á *Kadakaaman*, fueron estos bien instruidos y bautizados, y renunciando á su patria, se agregaron de buena voluntad á la mision.

La conversion de estos isleños no fué el único fruto del celo del padre Taraval en los meses que gobernó la mision de San Ignacio, pues á principios de 1733, por su caritativas invitaciones vinieron tres tribus de gentiles de lugares muy distantes; las dos de los países mediterráneos, y la tercera de la costa oriental junto al cabo de San Miguel, situado á los 29° y 30' latitud Norte; y esta vino toda sin exceptuar á los viejos y enfermos. El padre Taraval los recibió amorosamente, los instruyó á todos y bautizó algunos; todos los restantes fueron bautizados por el padre Sestiaga, que habiendo vuelto á *Kadakaaman* de su laboriosa visita, continuó sus trabajos en aquella mision con tanto fruto como celo, ayudado por el padre Fernando Consag.

Libre ya el padre Taraval del cuidado de la mision de San Ignacio por el regreso del padre Sestiaga, salió en el mismo año de 1733 á plantar entre los pericúes la nueva mision de Santa Rosa, cuya fundacion se habia frustrado hasta entonces por algunas dificultades. Se plantó por fin, no en el puerto de las Palmas, como se quería, sino en el pueblo de Todos Santos, distante media legua del mar Pacífico. Este pueblo que antes pertenecía á la mision de la Paz, habia sido habitado por guaicuras; pero habiéndose despoblado después, tanto por la enfermedad, que privó á muchos de la vida, cuanto porque otros se fueron á vivir á otra parte, se establecieron en él desde 1731 varias tribus de pericúes, con las cuales dió principio el padre Taraval á su mision. Halló á aquellos gentiles muy dispuestos á causa de las visitas que les hacian los misioneros de la Paz, de Santiago y de San José del Cabo. Al principio tuvo que sufrir graves contradicciones de parte de algunos indios obstinados en su vida bestial, por cuyo motivo no quiso licenciar á los tres soldados de Loreto que le acompañaban; pero trabajó tanto y se dedicó de tal suerte á ganarles el afecto, que en menos de un año bautizó la mayor parte de los párvulos y adultos de su distrito, y al afecto de estos debió al haber escapado la vida en la rebelion general de aquella nacion.

§ XXII.

INDICIOS DE REBELION GENERAL CONTRA LOS MISIONEROS. CARIDAD Y SINGULAR GENEROSIDAD DEL PADRE TAMARAL PARA CON UNOS NAVEGANTES.

Las primeras chispas de este incendio comenzaron á manifestarse á fines de 1733 y principios de 34. El gobernador de Santiago era un neófito llamado Boton, hijo de un mulato y una india. El padre Carranco le habia dado este cargo porque tenia mas talento que los otros y para obligarle á tener una vida mas arreglada; pero él, á pesar de esto, se entregó sin reserva á los mismos vicios que le habian dominado antes de ser cristiano, y no bastando á corregirle ni las amonestaciones privadas ni las reprensiones públicas, fué por fin privado de oficio y públicamente castigado. Indignado con esta afrenta, se conjuró secretamente contra el padre Carranco, y hubiera conseguido quitarle la vida, como lo intentó, procurando atraer á su partido á algunos mal contentos, si el misionero, sabedor de su criminal intento, no hubiera tomado para impedirlo todas las precauciones posibles. Sin embargo, la inquietud y los desórdenes continuaron hasta que aquel perverso, enfadado de vivir con los cristianos, se fué á *Yeneca*, lugar en que habitaba una tribu de gentiles, cuyo caudillo era un mulato llamado *Chicori*. Este desmoralizado y malvado como Boton, no contento con las muchas mujeres que tenia, se habia robado una jóven cristiana de la mision de San José. El padre Tamaral habia disimulado por algun tiempo este delito, en obvio de mayores males; mas habiéndosele ofrecido ir á *Yeneca*, habló con blandura á *Chicori*, quejándose de aquel rapto. El respondió con arrogancia, que siendo aquella cristiana su mujer, tenia razon para habérsela llevado. *Si ella fuera tu mujer*, le contestó el padre, *ni la habrias dejado tanto tiempo en la mision para que se instruyese, ni habrias consentido que se bautizase*. Después le vituperó su dissolution y le exhortó á abrazar el cristianismo á ejemplo de tantos otros pericúes; pero él en vez de docilitarse á esta exhortacion, se obstinó mas en su gentilismo y en sus vicios y se resolvió á buscar ocasion de quitar la vida al misionero y de sublevar contra los otros toda la nacion.

Tales eran las disposiciones de *Chicori* cuando Boton se vió con él en *Yeneca* después de haber reducido á algunos indios de Santiago. Como el padre Tamaral nada sabia de las maquinaciones de estos malvados, fué sin temor á Santiago con el fin de ayudar al padre Carranco á tranquilizar las turbaciones que allí habia; mas cuando quiso volverse, porque todo parecia tranquilo, le advirtieron algunos indios fieles del mismo Santiago que Boton y *Chicori* le esperaban en el camino con dos cuadrillas de sus partidarios para dar-

le la muerte. La verdad de esta noticia fué confirmada por otros indios mandados de propósito á explorar el camino; y así el padre para no exponer su vida á un riesgo tan evidente, mandó decir por otro camino á sus neófitos que viniesen armados para acompañarle hasta San José. Los conjurados huyeron al ver venir tanta gente armada, y después, temiendo que los cristianos se uniesen contra ellos, se fingieron arrepentidos de su perverso designio y pidieron la paz, la cual se les concedió luego, aunque para que durase poco, como se verá después.

Apenas habia llegado el padre Tamaral á San José, cuando vinieron del cabo de San Lucas algunos indios pescadores á decirle que cerca de la costa se habia avistado un navío grande. Este era el de Filipinas que iba á Acapulco; pero hallándose muy necesitado de agua, determinó el capitán tomar puerto en la California, como de facto abordó al de San Bernabé, poco distante del cabo de San Lucas, y temiendo que el país fuese de enemigos, mandó á tierra gente armada á hacer aguada. Luego que el padre Tamaral tuvo la noticia, dió orden de que se llevasen á San Bernabé toda la carne fresca y frutas del país que pudiesen conseguirse para socorrer á los navegantes, y fué él mismo á ofrecerles sus servicios y los de sus neófitos. Así el capitán del navío como la tripulacion recibieron mucho consuelo por haber hallado tan buena acogida en donde temian hostilidades y por haber obtenido refrescos en donde solo buscaban agua. Muchos de la tripulacion que estaban enfermos de escorbuto, con haber saltado en tierra y tomado aquellos refrescos empezaron á sentir alivio. Habiéndose hecho de nuevo á la vela, después de haber dado infinitas gracias al diligente y caritativo misionero, se dirigieron á Acapulco, y de allí á Méjico, en donde publicaron la buena y oportuna acogida que habian hallado en la California. El capitán informó de ello al virey, y este mandó que en lo sucesivo todos los navíos de Filipinas hiciesen escala en San Bernabé. Lo mismo mandó el gobierno de aquellas islas cuando tuvo la noticia.

Al salir el navío del puerto de San Bernabé, dejó el capitán encomendados á la caridad del padre Tamaral tres enfermos que por la gravedad de sus males no estaban en disposicion de continuar el viaje, á saber: don Juan Francisco Baitos, capitán de infantería, don Antonio de Herrera, que tambien iba empleado en el navío, y el padre agustino fray Domingo Horbigoso, que iba á Méjico de procurador general por su provincia de Filipinas. Todos tres fueron llevados á la mision de San José, tratados por el misionero con tanta caridad y dulzura y servidos con tanta diligencia, empeño y dedicacion como la de una madre para con el mas querido de sus hijos. No contento con franquear generosamente para su curacion todo lo que habia en la mision que pudiera serles útil, hizo llevar algunas cosas de las

misiones vecinas. El capitán Baitos y el agustino Horbigoso recobraron completamente su salud; pero Herrera, que al salir del navío ya estaba fuera de riesgo, se vió después atacado de un nuevo accidente que le agravó su principal enfermedad, y murió después de haber testado y recibido los sacramentos. El padre Tamaral celebró sus exequias con la mayor pompa posible, y después en presencia del capitán y del agustino hizo un inventario exacto de todo lo que Herrera había sacado del navío y se lo entregó todo á estos señores, los cuales por esfuerzos que hicieron no pudieron conseguir que el padre aceptase alguna cosa ó como recompensa de los gastos de la enfermedad y del funeral, ó como muestra de agradecimiento á sus servicios. Ambos celebraron después en Méjico con singulares encomios la virtud de aquel apostólico misionero, y el padre Horbigoso dió de esto un testimonio público elogiando mucho á los jesuitas.

§ XXIII.

ESTALLA LA REBELION Y SE PROPAGA POR LA PARTE MERIDIONAL.

La asistencia á los enfermos no distraía al padre Tamaral del cuidado de su misión. Tanto él como los otros misioneros vecinos creían apagadas las primeras chispas de la rebelion excitada por Boton y Chicori, porque parecían por todas partes tranquilos los ánimos de los pericúes; mas aquellos dos malvados bajo una aparente tranquilidad ocultaban una fatal conjuración que al fin estalló en el otoño de 1734 con la ruina de cuatro misiones y la consternación de todo el cristianismo de aquella península.

No hubo para ella mas motivo que el odio de aquellos salvajes á la ley cristiana, que los privaba de las muchas mujeres que para su comodidad y placer tenían, según se aclaró después y lo confesaron los mismos conjurados. Las primeras que abrazaron el partido de estos fueron algunas tribus de gentiles que habitaban la costa meridional entre las dos misiones de Santiago y San José. De allí se propagó el incendio á todas las cinco misiones de la parte austral, pero con tal secreto que los misioneros ni aun lo sospecharon. Cuando los conjurados vieron bien engrosado su partido, á que se agregaron también muchos neófitos, sin dejar por eso de asistir á los ejercicios diarios de la misión, determinaron comenzar la ejecución de sus perversos designios con la muerte de los pocos soldados que allí había, cuyas armas de fuego les imponían tanto miedo. No había mas que tres en Santa Rosa, dos en Santiago y uno en la Paz; pero como aquellos cobardes traidores no se atrevían á asaltar ni aun á dos ó tres soldados juntos, anduvieron espionando la ocasión de matarlos uno á uno. En los primeros días de setiembre, habiendo encontrado so-

lo en el monte á uno de los de Santa Rosa, le mataron inhumanamente y para ocultar su atentado y echarse sobre el padre Taraval ó sobre otro de los dos soldados que quedaban, enviaron á decir al misionero que al soldado le había sobrevenido un accidente y que por tanto fuese á confesarle ó mandase á uno de los otros que le llevase á la misión. Pero el padre Taraval entrando en sospechas y conjeturando su atentado y sus maquinaciones por la turbación de los mensajeros y por otros indicios, no quiso salir ni mandar al soldado, y á poco se supo de cierto lo que había sucedido. Pocos días después hallaron modo de matar al único soldado que había en el puerto de la Paz, el cual cuidaba de las temporalidades de aquella misión durante la ausencia del padre Gordon, que había ido á Loreto á buscar provisiones.

En ese tiempo vino de Loreto á San José del Cabo un soldado con el fin de acompañar al padre Tamaral y con el de sangrarle, porque se había enfermado con los trabajos de la nueva misión. Este soldado había observado algunos indicios de la conjuración en el territorio de Santiago y vió otros en el de San José, de todos los cuales le dió parte al misionero, diciéndole resueltamente que era necesario que se pusiese en salvo, porque su vida entre aquellos bárbaros estaba en peligro manifiesto. El padre animado de la divina gracia que le conducía á una muerte gloriosa, procuró disiparle el temor; mas él temiendo perecer en manos de los salvajes, como infaliblemente habría sucedido si hubiera permanecido allí, se fué por otro camino á la Paz. Al entrar á aquel pueblo hizo la acostumbrada salva, disparando un tiro, pero ninguno le respondió; acercóse á la casa del misionero y llamó en alta voz al soldado; mas no oyendo la voz de este ni hallando ningún indio de quien informarse, entró y vió algunos vestigios de sangre y la mochila del soldado muerto con todo lo que tenía dentro esparcido por el suelo; y no dudando en virtud de tales indicios de la trágica muerte de su compañero, huyó precipitadamente á la misión de los Dolores, en donde dió cuenta de todo lo que había observado al padre Guillen, que entonces era superior de todas las misiones de la California. Este, que ya por sus neófitos tenía algunas noticias, escribió luego á los tres misioneros de Santiago, San José y Santa Rosa, previniéndoles que se reuniesen inmediatamente con él. A pocos días recibió una carta del padre Carranco en la que le daba aviso de la conjuración ya casi descubierta de los pericúes, y le pedía sus órdenes para ejecutarlas prontamente. El peligro de aquellos dos misioneros obligó al padre Guillen á escribirles de nuevo; pero ni estas cartas ni las primeras llegaron á sus manos, porque los conjurados habían cerrado todos los pasos.

El padre Carranco considerando que el padre Tamaral estaba en mayor peligro por hallarse solo y sin soldados, le envió una escolta de aque-

llos de sus neófitos que le parecieron mas fieles, á fin de que le llevase á Santiago, en donde poniéndose de acuerdo los dos, tomarían la resolución que conviniera en aquel aprieto. Pero el padre Tamaral no consintió en marchar, y respondió valerosamente que aquellos temores nacían de la cobardía de los neófitos; que él no descubría en los suyos ningún indicio de conjuración; que confiaba en Dios, á quien servía en la vida y en la muerte; que la Providencia divina dispusiese de él como quisiese, pero que no era digno del martirio, cuya gracia había deseado tanto tiempo y había pedido al Señor toda su vida, ni tampoco se creía en tales circunstancias que debiera abandonar su misión, principalmente después de haberle dado sus neófitos tantas pruebas de fidelidad en las turbulencias pasadas. Esta carta se halló después entre los despojos destrozados del padre Carranco. Al volver los neófitos á Santiago se encontraron con algunas cuadrillas de conjurados, los cuales les preguntaron de dónde venían. Ellos respondieron que habían ido á San José á conducir al padre Tamaral á Santiago, porque el padre Carranco sabía por el muchacho que tenía en su casa que ellos querían matarlos á todos. Los conjurados querían comenzar sus hostilidades por el padre Tamaral, como mas indefenso, y después continuar por las otras misiones, hasta arrojar, si fuese posible, á todos los misioneros de la península; pero viendo que el padre Carranco era sabedor de sus intentos, determinaron descargar el primer golpe sobre él, para no darle tiempo á que escapase ó hiciese venir soldados. Comunicaron francamente sus designios á los de Santiago, y estos, faltando á la fidelidad que debían á Dios y á su padre en Cristo, se unieron con aquellos, y unidos, se encaminaron á Santiago.

§ XXIV.

MUERTE ILUSTRE DE LOS PADRES CARRANCO Y TAMARAL. SUS CADÁVERES SON INSULTADOS, Y QUEMADOS CON EL AJUAR DE LAS IGLESIAS.

Habiendo llegado al pueblo el viernes 1º de octubre al salir el sol, se informaron primero si estaban allí los dos soldados que custodiaban al misionero, y habiendo sabido que poco antes se habían ido al monte á traer dos bueyes para proveer de carne á las catecúmenos, á los niños, á los viejos y á todos aquellos que se sustentaban á expensas del misionero, se acercaron á la casa de este; pero no teniendo aun el atrevimiento de presentarse, hicieron entrar algunos de los neófitos que habían ido á San José á traer al padre Tamaral. El padre Carranco había dicho misa poco antes, y se había retirado á rezar el oficio á su aposento, donde los indios le hallaron de rodillas. Se puso en pié para leer la carta que ellos le traían del padre Tamaral, y cuando estaba le-

yéndola atentamente, entró la chusma de conjurados; dos de ellos se apoderaron de él inmediatamente y le sacaron fuera de la casa y le tuvieron suspenso del hábito, mientras los otros le dispararon sus flechas. El alzando los ojos y el corazón al cielo, ofreció á Dios con afectos muy fervorosos el sacrificio de su inocente vida por sus culpas y por las de sus hijos en Cristo, y después cayó moribundo en tierra invocando los sagrados nombres de Jesús, María y José. Entonces á palos y á pedradas le acabaron de quitar la poca vida que le quedaba, enfureciéndose mas cruelmente contra él aquellos desgraciados bárbaros cuando le vieron en estado de no poderse defender. Así terminó sus días el padre Lorenzo Carranco, nacido en la ciudad de Cholula, de la diócesis de la Puebla de los Angeles. El menologio de aquella provincia hace mención de su gloriosa muerte, y sus retratos se conservaban hasta 1767 en los colegios de San Gerónimo y de San Ignacio de Puebla, donde hizo sus estudios, y en el de Tepozotlan, donde pasó su noviciado.

Cuando los bárbaros estaban ejerciendo sus crueldades en el cadáver del padre, lloraba amargamente su muerte el muchacho que le servía, y habiéndole visto uno de los conjurados, dijo á los otros: *Puesto que tanto siente este muchacho la muerte de su amo, que vaya á acompañarle*, y cogiéndole de los pies le mataron inhumanamente, golpeándole con furia contra las paredes de la casa y contra las piedras.

Excitados por el rumor, acudieron todos los indios de ambos sexos de aquel pueblo, y aunque algunos sintieron mucho aquella inhumanidad para con un hombre que les había hecho tantos beneficios, sin embargo, ó por su natural inconstancia ó por temor á los conjurados, se unieron con ellos, y mientras se preparaba la leña para la hoguera en que iban á quemarse los cadáveres, arrastraron el del misionero, y habiéndole desnudado para servirse de sus vestidos, le hicieron, tanto los hombres como las mujeres, los mas execrables y abominables insultos para vengarse del celo con que el padre había procurado apartarlos de su brutal disolución, y en medio de estos insultos y burlas fueron arrojados al fuego los dos cadáveres. Al mismo tiempo saquearon la iglesia y la casa del misionero, y reservando lo que podía serles útil, arrojaron en la misma hoguera la cruz, las imágenes de los santos, la ara, el misal, los vasos sagrados y otras cosas pertenecientes al culto divino, haciendo de este modo patente el motivo de su rabia contra el ministro del Señor.

Aun estaban ardiendo los cadáveres con los muebles de la iglesia, cuando llegaron á Santiago los dos soldados montados á caballo, conduciendo los bueyes que habían ido á traer para la provisión de la misión. Estos no eran soldados del presidio de Loreto, sino mestizos de la Nueva

España que hacian de soldados y no llevaban entonces mas armas que sus cuchillos. Luego que llegaron los rodearon los sediciosos y les mandaron echar pié á tierra y matar los bueyes, porque aquellos viles verdugos que habian ejecutado sin temor tantas crueldades en el religioso su bienhechor y en un niño inocente, no se atrevian á matar aquellas bestias. Los soldados obedecieron por necesidad; pero apenas habian matado los bueyes, cuando fueron tambien muertos con una nube de flechas y sus cadáveres arrojados al fuego.

No teniendo ya los conjurados que hacer en la mision de Santiago, se dirigieron prontamente y en mayor número á la de San José del Cabo, á donde llegaron la mañana del 3 de octubre, cuando el padre Tamaral habia ya dicho misa. Entraron armados y de tropel á la casa del misionero muchos indios rebeldes de la misma mision, pidiendo con arrogancia diversas cosas, con el fin de hallar en la repulsa del misionero algun pretexto para enfurecerse contra él: uno le pedia maíz, otro una frazada, otro un cuchillo, y así otras cosas. El padre penetró luego su perverso designio, y para aquietarlos les dijo: *Esperad, hijitos, yo trataré de daros gusto con todo lo que hay en casa.* Mas ellos viendo frustrado aquel pretexto, no quisieron buscar otro, sino que echándose sobre él los mismos que se habian apoderado del padre Carranco, le echaron por tierra, y arrastrándole de los piés le sacaron afuera para flecharle; pero agolpándose todos los conjurados, determinaron decapitarle, como efectivamente lo hicieron con uno de los cuchillos que él les solia distribuir para sus necesidades. Al morir este ejemplar é infatigable misionero, encomendó al Señor fervorosamente su espíritu y su grey. Nació en Sevilla en 1687, pasó á Méjico en 1712, y de allí en 1716 á la California, en donde trabajó diez y ocho años, plantando dos misiones nuevas. Su memoria es tambien honrada en el menologio de la provincia mejicana; su muerte fué seguida de los mismos insultos y profanaciones hechas en Santiago, y su cadáver fué tambien quemado con los muebles de la iglesia, aunque aquí hicieron mayores fiestas porque se habia doblado su sacrilego triunfo.

§ XXV.

LOS CONJURADOS TRATAN DE QUITAR LA VIDA AL PADRE TARAVAL. SE ECHAN SOBRE LOS NEÓFITOS DE SANTA ROSA. EL PADRE GUILLEN DA INUTILMENTE PARTE DE TODO AL VIREY.

Como aquellos bárbaros no podian estar contentos mientras en su nacion hubiera un solo misionero después de haberles quitado la vida á los de Santiago y San José, trataron de quitársela tambien al de Santa Rosa, y con este fin en-

viaron una embajada á los guaicuras de la Paz exhortándolos á aquella cruel empresa; pero habiéndolo sabido á tiempo el padre Taraval por algunos de sus neófitos, testigos oculares de la muerte de los otros misioneros, aunque deseaba tener la misma suerte que sus compañeros, se creyó sin embargo obligado en aquellas circunstancias á poner en salvo su vida y la de sus soldados, y á impedir que las cosas santas fuesen profanadas por aquellos sacrilegos, y por estos motivos se dirigió inmediatamente á la mision de la Paz en compañía de los dos soldados, y se llevó los vasos sagrados y todo lo que pertenecia al culto divino. Quitó tambien de la iglesia de la Paz todas las cosas que podian ser profanadas, y de allí pasó en una conoa á la isla del Espíritu Santo, donde permaneció hasta que habiendo recibido de Loreto socorro de gente y de víveres, se trasladó á la mision de los Dolores con toda su comitiva, tanto para asegurar la mision, amenazada tambien por los conjurados, cuanto para conferenciar con el padre Guillen acerca de los medios de restablecer la tranquilidad y las cuatro misiones perdidas. Luego que los conjurados supieron que el padre Taraval se habia escapado, volvieron su encono contra los neófitos de Santa Rosa, y cayendo sobre ellos de improviso, mataron veintisiete. De aquí nació entre unos y otros una larga guerra, que les causó reciprocos estragos, como en el tiempo de su gentilismo.

El padre Guillen luego que tuvo noticia de aquellas turbulencias y calamidades, escribió al arzobispo virey de Méjico dándole parte de lo acaecido, manifestándole el riesgo de perderse en que se hallaban las otras misiones, juntamente con todo el cristianismo de la península, si las otras naciones imitaban, como era muy de temerse, el ejemplo de los pericúes; y suplicándole que se estableciese el nuevo presidio en la parte meridional, como tanto tiempo se habia deseado y tantas veces pedido, no menos para poner á cubierto de las maquinaciones de los gentiles las vidas de los misioneros y neófitos, que para proporcionar refugio á los navíos de las islas Filipinas que debian abordar allí los años siguientes. Pero ni la muerte violenta de los dos misioneros, de los soldados y de tantos neófitos y catecúmenos, ni la pérdida de las misiones, ni el riesgo inminente de las otras, ni las proyectadas ventajas para los navíos de Filipinas parecieron á aquel señor razones suficientes para hacer un gasto extraordinario, aunque dispuesto por el rey católico en una cédula dirigida al marqués de Casa fuerte, antecesor del arzobispo en el empleo de virey, cuando aun no habia motivos tan urgentes para establecer el presidio. Se contentó con dar una respuesta cortés al padre Guillen, significándole lo mucho que sentia las desgracias de la California, exhortándole á que ocurriese á la corte y ofreciéndole que apoyaria ante el rey sus justas pretensiones; pero sus cumplimientos y sus pro-

mesas ni remediaban los males presentes ni prevenian los futuros.

§ XXVI.

CONTINÚA LA REBELION. DILIGENCIAS PRÁCTICADAS PARA CONTENERLA.

El espíritu de la rebelion se iba propagando, y además se comenzaban á sentir en el distrito de los Dolores algunas inquietudes que se habrian aumentado si no hubiera llegado allí á tiempo el capitán del presidio con algunos soldados, en virtud de las primeras noticias que se recibieron en Loreto de las turbulencias de los pericúes. El hubiera querido ir, como otras veces, en pos de los enemigos para castigarlos; pero considerando la grande multitud de aquellos y el corto número de sus soldados, no quiso exponerse temerariamente y tomó la sabia resolucion de establecerse en la mision de los Dolores, para mantener la tranquilidad de su distrito é impedir la comunicacion de los conjurados con los indios de las misiones setentrionales.

Sin embargo de esto, la fama de lo sucedido en la parte austral comunicándose poco á poco de una tribu á la otra, llegó hasta la mision de San Ignacio, distante de la de San José del Cabo mas de doscientas leguas. Se comenzó á esparcir en ella un susurro sedicioso entre algunos que estaban disgustados con la vida cristiana, diciéndose unos á otros que era necesario que todos se unieran para libertarse de una vez de aquellos extranjeros que habian ido á abolir las costumbres antiguas de los californios; y que si esto lo habian conseguido los pericúes, mejor podian conseguirlo los cochimíes, que eran mas en número y mas valientes. Los indios principales de las misiones no tuvieron parte en aquella sublevacion, y así dando á conocer su constante fidelidad, dieron aviso á los misioneros, los cuales escribieron luego á Loreto, pidiendo mas soldados para su seguridad, pues los que custodiaban las misiones se habian desalentado mucho. Efectivamente, la noticia de los dos soldados muertos por los pericúes, asustó de tal suerte á los de las otras misiones, que sus cartas recibidas en Loreto hicieron creer que los cochimíes estaban resueltos á imitar el fatal ejemplo de los pericúes. Por este motivo, el padre Guillen, no teniendo soldados que enviar á aquellos misioneros, les mandó á todos con precepto de santa obediencia que abandonasen en el momento sus respectivas misiones y se retirasen á Loreto, á fin de que por lo menos pusiesen en salvo sus vidas. Los misioneros obedecieron sin que lo notasen los indios, porque se fueron ausentando sucesivamente de las misiones conforme les fueron llegando las cartas del superior. No tardó mucho en conocerse la necesidad de esta determinacion, sin la cual acaso se habrian perdido

para siempre aquellas misiones, porque los ánimos inconstantes de aquellos salvajes, aunque mas tranquilos y menos estúpidos y viciosos que los pericúes, se habian mudado realmente con el ejemplo de estos.

Retirados los misioneros á Loreto, escribió de nuevo el padre Guillen al arzobispo virey en principios de 1735, haciéndole presente el lamentable estado de aquel cristianismo. El padre Bravo, misionero de Loreto, despachó un bastimento al Yaqui con cartas para el gobernador de Sinaloa y para los misioneros de aquel país, en las cuales les referia los infaustos acontecimientos de que hemos hablado y el riesgo en que se hallaban, y les suplicaba que mandasen á Loreto sesenta indios guerreros y algunos soldados con armas de fuego para que defendiesen las vidas de los misioneros, porque para sujetar á los pericúes conjurados, se necesitaba una tropa muy numerosa, principalmente si ellos conseguian confederarse, como lo pretendian, con las otras dos naciones de la California.

La carta del padre Guillen llegó á Méjico el 13 de abril y fué luego entregada al arzobispo virey por el provincial; pero viendo este que ni con aquella carta ni con dos memoriales que le presentó á aquel señor podia conseguir el deseado remedio de las urgentes necesidades de la California, resolvió escribir en derecho al mismo soberano, de cuyo celo, manifestado en tantas órdenes expedidas en favor de las misiones, no dudaba alcanzar el remedio. Las cartas del padre Bravo fueron mucho mas fructuosas, porque apenas tuvieron noticia de ellas los fieles y belicosos yaquis, cuando se presentaron en aquel puerto mas de quinientos hombres, armados á su modo y prontos á embarcarse para la California; pero no pudiendo el bastimento llevar tanta gente, fueron escogidos sesenta de los mas valientes, los cuales pasaron inmediatamente á Loreto, y de allí á la mision de los Dolores, donde entonces estaba el capitán del presidio, porque cuando ellos llegaron al puerto las misiones setentrionales se habian restablecido en su antigua tranquilidad con singulares demostraciones de parte de los neófitos.

Luego que los principales de ellos notaron que los misioneros se habian ausentado con los soldados y llevádose el ajuar de las iglesias, lo sintieron mucho, y habiéndose puesto de acuerdo, determinaron ir todos juntos á Loreto á recobrar á sus queridos misioneros. Entraron en Loreto en una muy numerosa y bien ordenada procesion, llevando en los hombros todas las cruces de las misiones; pidieron con lágrimas que no los abandonasen á la perdicion sus misioneros que los habian bautizado y educado en la vida cristiana; protestaron que querian vivir y morir en la religion de Jesucristo que habian abrazado; dijeron que no era justo que todos sufriesen la pena merecida por unos cuantos descontentos,

á quienes ellos estaban prontos á coger y entregar al capitán gobernador para que fuesen castigados; añadieron que se obligaban á cuidar de la vida de los misioneros, y á defenderlos en todo evento, y por último, que si estos no querían volver á sus respectivas misiones, ellos estaban resueltos á quedarse en Loreto, porque no podían vivir sin sus padres. Los misioneros no pudieron contener sus lágrimas á la vista de semejante espectáculo y al oír las afectuosas expresiones de sus neófitos; pero á pesar de esto, dejaron pasar algunos días para asegurarse mas de su sinceridad. Estando por fin seguros de la buena intención de los indios, se volvieron con ellos á las misiones, en las cuales fueron recibidos como en triunfo por todos los otros neófitos y catecúmenos. A los culpables se les impuso una pena ligera, á excepcion de cuatro de la mision de San Ignacio, que fueron desterrados por algun tiempo para que no contaminasen á los demás.

Habiendo llegado los yaquis á la mision de los Dolores, en donde además del capitán y los soldados del presidio habia muchos californios fieles, destinados á resistir á los conjurados, determinó el capitán dejar allí una guarnicion competente para impedir toda inquietud, y marchar con el resto de las tropas á acampar en el puerto de la Paz, como lugar oportuno para recibir provisiones de Loreto y hacer correrías en el país de los pericúes. Mandó una parte de la tropa por tierra con los caballos y otra por mar con las provisiones. Estos llegaron primero, y habiendo saltado en tierra con buen orden, tomaron un puesto ventajoso y todas las precauciones necesarias para poder resistir al enemigo. No fueron vanas estas diligencias, porque en la noche fueron asaltados con mucho orden por los conjurados, quedando en la refriega algunos heridos de una y otra parte. De esta manera continuaron siendo inquietados hasta que llegó la division que venia por tierra. Entonces los enemigos, amedrentados al ver tanta gente con armas de fuego y caballos, no se atrevieron á aparecer. Se presentaron algunos indios de la Paz protestando que habian sido siempre fieles á los misioneros y por eso perseguidos por los rebeldes, y por ellos se supo que el motivo de la nueva osadía de los conjurados eran las hostilidades que habian hecho á algunos hombres del navío de las islas Filipinas, que poco antes habia estado en el puerto de San Bernabé.

§ XXVII.

HOSTILIDADES HECHAS AL NAVÍO DE FILIPINAS. EL CAPITAN DA CUENTA DE ELLAS AL VIREY. ORDEN DE ESTE SEÑOR AL GOBERNADOR DE SINALOA.

Como los filipinos habian sido tan bien recibidos

el año anterior por el padre Tamaral y se habian restablecido allí tan felizmente, abordaron al puerto este año, esperando hallar en él tanto mayor abundancia de refrescos cuanto que el misionero debia estar mas prevenido; pero al acercarse á la costa no vieron las señales que este debia haber puesto en la playa, segun habian convenido, ni observaron ninguna gente. Sin embargo de esto, el capitán mandó en el esquife trece marineros que diesen al misionero parte de su llegada. En tanto que algunos de ellos se quedaron custodiando el esquife, los otros se dirigieron al caserío de San José; pero en el camino fueron de improviso asaltados y muertos por un crecido número de conjurados que estaban emboscados y que fueron luego á hacer lo mismo con los del esquife. El capitán del navío sospechando por la tardanza de los marineros lo que realmente habia sucedido, envió otro barco con hombres armados, los cuales habiendo visto al acercarse á la costa un gran número de indios que destrozaban el esquife para llevarse el hierro, les hicieron fuego, mataron algunos, hirieron otros, hicieron cuatro prisioneros y pusieron en fuga á los demás. En seguida se volvieron al navío, y el capitán viendo que en lugar de haber conseguido los refrescos que necesitaba, principalmente por tantos enfermos de escorbuto que traía, habia perdido trece marineros y el esquife, levó anclas para Acapulco y de allí pasó á Méjico, en donde presentó al arzobispo virey los cuatro prisioneros pericúes, refiriéndole todo lo que le habia acaecido.

Parece que estas representaciones fueron mas eficaces que cuantas hasta entonces se habian hecho, porque al fin se movió aquel señor á poner algun remedio á los desórdenes de la California. Ordenó al gobernador de Sinaloa que pasase inmediatamente con tropas á la península á enfrenar la insolencia de los salvajes y castigar á los cabecillas de la conjuracion; mas le añadió que aunque convenia que obrase de acuerdo con el capitán gobernador de California en caso necesario, no debia estarle sujeto, y mucho menos á la direccion de los misioneros. El gobernador de Sinaloa escribió á Loreto dando parte de su comision para que se le mandase el buque en que debia trasportarse con su tropa, y ordenando que cesasen las hostilidades comenzadas contra los pericúes en el puerto de la Paz. El capitán de la California habia hecho algunas correrías en el país de los pericúes, pero con poco fruto porque no hallaba con quien combatir, pues los conjurados huyendo el combate, andaban siempre ocultos. Posteriormente, en virtud de las nuevas órdenes, se retiró á la mision de los Dolores á mantenerse á la defensiva hasta la llegada del gobernador. Este llegó en breve á Loreto, en donde fué recibido por los misioneros con los honores que se le debian y con los obsequios convenientes. Pero pronto dió á conocer que no se dedi-

caba á otra cosa que á obsequiar el genio del virey, no haciendo aprecio de los consejos que le daban los misioneros, como hombres tan prácticos en el país y en el conocimiento de aquellos pueblos. Comenzó á desempeñar su mision valiéndose de los medios que le parecieron mas conducentes al fin propuesto, y empleó dos años con varia fortuna y mucho disgusto, porque los efectos que se prometia no correspondian á sus disposiciones.

§ XXVIII.

MUERE EL PADRE MAYORGA. EL GOBERNADOR SIGUE EN SUS OPERACIONES LOS CONSEJOS DE LOS MISIONEROS, Y TRIUNFA DE LA CONJURACION.

Entre tanto murió el 10 de noviembre de 1736 el padre Julian de Mayorga, personaje caro á Dios y á los hombres, que habiendo plantado la mision de San José de Comondú en 1707, la gobernó por mas de veintinueve años con mucha utilidad de los indios. Lloraba este venerable anciano la ruina de las misiones y la perdida de las almas de los indios, por cuya salud habia renunciado á su patria y se habia confinado en los desiertos de aquella península. Todos los días hacia algun obsequio particular á Dios para moverle á piedad en favor de aquellas almas, y en medio de estos piadosos sentimientos entregó su fervoroso espíritu al Señor. No faltó quien atribuyera al fervor de sus oraciones la repentina mudanza del gobernador, el cual habiendo permanecido por tanto tiempo obstinado en sus infructuosos designios, luego que murió aquel hombre ejemplar, comenzó á hacer lo que desde el principio le habian aconsejado los misioneros, esto es, que en vez de hacer á los pericúes proposiciones de paz ó de perseguir sus partidas dispersas, tratase de empeñarlos en una batalla general y estrepitosa, porque así conseguiria humillarlos con menor pérdida de parte de ellos; que de otra suerte ni cederian ni agradecerian la clemencia sino después de haber conocido por experiencia la superioridad de sus contrarios en el valor, en la disciplina y en las armas. Siguiendo pues el gobernador estos consejos, tomó sus medidas de tal modo, que obligó á los conjurados á una batalla formal, en la que fueron vencidos y huyeron ignominiosamente. Pero como su orgullo se habia aumentado mucho con su resistencia por dos años á las armas del gobernador, no quisieron rendirse por aquella derrota, sino que volvieron á sus hostilidades, aunque en débiles asaltos, hasta que habiendo hallado el gobernador modo de empeñarlos en otra batalla y quedando derrotados como en la primera, se le presentaron humillados pidiendo el perdón y la paz y poniéndose á su disposicion. El gobernador no quiso oírlos hasta que le prometieron descubrir y entregar á los cabecillas de la conjuracion y á los homicidas de

los misioneros y de los soldados. Todos le fueron puntualmente entregados, y él se contentó con mandarlos desterrados á la costa de la Nueva España; mas parece que la justicia divina queria castigar con mas severidad sus muchos y atroces delitos, porque habiendo ellos querido apoderarse del buque en que iban al lugar de su destierro, los soldados que los custodiaban se vieron precisados á hacerles fuego y mataron la mayor parte. Entre los pocos que entonces escaparon la vida se hallaban los dos que se atrevieron á levantar primero sus sacrílegas manos contra los misioneros. Uno de ellos fué muerto poco después en el destierro sin alcanzar sacramentos, y el otro habiendo subido á una palma elevada, cayó desgraciadamente sobre las piedras de abajo, y murió en el instante.

§ XXIX.

NUEVO PRESIDIO NO CONFORME Á LAS INTENCIONES DEL REY. EL VIREY REVOCA SUS ÓRDENES, CONTRARIAS Á AQUELLAS.

Durante la guerra de la California, el rey, movido de las representaciones de los jesuitas, expidió una orden estrecha para que se estableciese prontamente en la parte austral de la península el proyectado presidio para la seguridad de las misiones, como lo habia prevenido algunos años antes al virey marqués de Casafuerte. El arzobispo virey dió esta comision al mismo gobernador de Sinaloa, declarando que el capitán y soldados del nuevo presidio no debian estar subordinados ni á los misioneros ni al capitán de Loreto, sino inmediatamente al virey. Al principio se quiso establecer el presidio en el puerto de la Paz; pero en consideracion á los navios de las islas Filipinas, se estableció por fin en San José del Cabo, en donde con el capitán y los otros oficiales quedaron diez soldados, otros diez se pusieron en la mision de la Paz y otros tantos en la de Santiago. El gobernador de Sinaloa confirió el empleo de capitán del nuevo presidio á don Bernardo Rodriguez de Larrea, hijo del famoso capitán de Loreto don Estévan Rodriguez Lorenzo. Ninguno ciertamente era mas digno ni mas á propósito que él. Nacido y criado en la California al lado de su buen padre, tenia aquella piedad y religion, aquella prudencia y valor y aquel conocimiento del país y de los indios necesario en tales circunstancias y para tal empleo; pero como acostumbrado á respetar á los padres Salvatierra, Ugarte y Pícolo, deferia á los dictámenes de los misioneros mas de lo que querian los enemigos de estos, por cuyo motivo pronto fué depuesto y reemplazado por otro que sabia mejor acomodarse al genio del virey. El procurador de las misiones en Méjico representó que la independencia de los oficiales y tropa se oponia á las intenciones del rey, el cual habia preve-

nido expresamente al virey que de ninguna manera alterase la forma de gobierno establecida por el padre Salvatierra en la California; mas estas representaciones no fueron oídas.

En esta forma se conservó diez y ocho meses el presidio; pero los desórdenes á que dió ocasion su independencia fueron tan graves y tantas las quejas dadas al virey, que no pudo menos que revocar sus órdenes y conformarse con las disposiciones de sus antecesores. Depuso al capitán y ordenó que el nuevo presidio fuese mandado por un teniente, sujeto con sus soldados al capitán del antiguo presidio de Loreto, y que tanto este como los otros oficiales, soldados y marineros, se subordinasen en todo, como antes, al superior de las misiones. Esta revocacion de sus propias órdenes en un virey que no era parcial de los jesuitas, basta para justificar el sistema de gobierno establecido por el padre Salvatierra en la California.

§ XXX.

SE RESTAURAN LAS CUATRO MISIONES PERDIDAS. ATENTADO CONTRA LA VIDA DEL PADRE WAGNER. CASTIGO DE LOS CULPABLES.

Restablecida la tranquilidad en la parte austral de la península con el castigo de los conjurados y con el establecimiento del nuevo presidio, los superiores enviaron nuevos misioneros á que restaurasen las perdidas misiones en aquella tierra regada con el sudor y la sangre de sus caros hermanos. En efecto, aunque con mucho trabajo, restablecieron las cuatro de la Paz, Santa Rosa, Santiago y San José, reuniendo aquellas ovejas descarriadas en sus antiguos rediles y volviéndolas á los saludables pastos de la doctrina cristiana.

El gobernador de Sinaloa habiendo concluido su comision se restituyó á su gobierno; pero al salir de la California mandó, por lo tocante al presidio de Loreto, que en cada una de las dos fronteras de San Ignacio y los Dolores se pusiese una guarnicion de ocho ó diez soldados del mismo presidio, reuniéndose en él todos los que estaban en las otras misiones custodiando á los misioneros, porque hallándose quietos los indios, no creía necesaria esta custodia; pero la experiencia acreditó que aunque fuese de un solo soldado, no era inútil, como lo parecía al gobernador, que conocía poco el carácter de los indios, pues no pasó un año sin que, por la falta del soldado que habia en San José de Comondú, se ocasionasen algunos desórdenes en la mision. Habia sucedido allí al padre Mayorga el padre Francisco Javier Wagner, alemán, el cual siguiendo las huellas de sus antecesores, se dedicaba con todo empeño á hacer vivir cristianamente á sus neófitos, procurando principalmente librarlos de los engaños de los guamas, de los cuales habia algunos que ha-

biéndose convertido al cristianismo, continuaban después de su bautismo ejerciendo su bárbara medicina y sus acostumbradas imposturas. Muchas veces sucedia que después de haber administrado el misionero á un enfermo los santos sacramentos y otros auxilios espirituales y corporales, entraba á escondidas el guama, ó espontáneamente ó llamado por los parientes del enfermo, á aplicarle las fumigaciones y otros remedios inconducentes y ridículos que usaban en el tiempo del gentilismo y á exhortarle á que abjurase la creencia de lo que le habia enseñado el misionero. El padre Wagner no podia estar en paz con estos perniciosos charlatanes, y procuraba cuanto estaba de su parte desacreditarlos con sus neófitos. Ellos por la suya le aborrecian hasta el extremo de que muchas veces maquinaron contra su vida; pero no se atrevian á declararse por temor al pueblo, que le amaba y respetaba.

Una noche en que el misionero estaba en la puerta de su casa tomando fresco, valiéndose un guama de la oscuridad, le disparó una flecha con tal fuerza, que la clavó en una piedra de la pared, á distancia de cuatro ó cinco dedos de la cabeza del misionero. Unos neófitos que se hallaban cerca, al oír en aquella hora el ligero silbido de la flecha y sospechando lo que realmente era, acudieron prontamente á defender á su querido pastor, y tomando una luz, hallaron la flecha clavada en la pared. Uno de los principales despachó en el acto un correo á Loreto dando parte de lo sucedido. No pudiendo el capitán venir en persona á Comondú, mandó á su hijo don Bernardo, teniente del presidio, con algunos soldados é indios de Loreto instruido en lo que debia hacer y autorizado para administrar justicia. Marchó el teniente con la mayor celeridad y comenzó á hacer averiguaciones para descubrir el autor del atentado; pero todos protestaban no saberlo, hasta que manifestándoles la flecha, que habia conservado uno de los indios, vinieron en conocimiento del que la habia hecho. Preguntado este, declaró que aunque la habia hecho no la habia usado, porque se la habia pedido otro indio llamado Juan Bautista, á quien se la dió, sin saber para qué la queria. Fué buscado Juan Bautista; pero habia huido luego que sintió aquel rumor después de su atentado. El teniente mandó que se le buscase por todas partes, y después de algunos dias fué hallado y llevado á su presencia. Y habiendo confesado su delito fué condenado á muerte y su cadáver colgado para escarmiento de los demás. Otros varios que resultaron culpables en el proceso, fueron condenados á azotes. El teniente, concluida su comision, se volvió á Loreto; pero á las tres semanas tuvo que volver á Comondú, porque los que habian sido castigados volvieron á su inquietud; mas con el destierro de tres de los más culpables se restableció la tranquilidad, que en lo sucesivo ya no fué turbada.

Estos y otros ejemplos semejantes hicieron que el capitán gobernador de la península, á pesar de las órdenes del de Sinaloa, volviese á poner un soldado al lado de cada misionero.

§ XXXI.

NUEVA REBELION DE ALGUNAS TRIBUS DE PERICÚES. EL CASTIGO DE LOS CABECILLAS PONE FIN A LOS DESÓRDENES DE AQUELLA NACION.

Poco tiempo después, cuatro tribus de la nacion pericú que moraban entre San José del Cabo y Santiago, volvieron á rebelarse, á pesar del nuevo presidio. La primera de sus hostilidades fué ejecutada en un pobre vaquero de la mision de San José. Dormia este tranquilo en su cabaña, cuando entraron derepente diez de los principales conjurados y le mataron inhumanamente dejándole caer una gruesa piedra sobre la cabeza. Después le dispararon flechas al pastor de las cabras del presidio; pero este salvó la vida huyendo, y dió aviso al misionero y á los soldados. Estos se atemorizaron mucho, y mas cuando notaron que en una noche se habian ausentado del pueblo de San José todos los indios de ambos sexos, huyendo al monte. Entonces se temió que la conjuracion fuese general; pero habiendo hecho averiguacion el misionero, supo que la causa de la repentina fuga de sus neófitos habia sido la voz que entre ellos esparcieron de intento los conjurados, de que los soldados del presidio se habian convenido en matarlos á todos en una noche, y ellos dando fácilmente crédito á esta voz, habian procurado poner en salvo sus vidas huyendo. El misionero se empeñó en desengañarlos, haciéndoles ver que los conjurados habian tratado de amedrentarlos con aquel falso rumor, para sacarlos al monte, y así inducirlos á la rebelion y causarles su ruina; les aseguró que los soldados no les harian ningun mal si permanecian fieles y tranquilos, y sobre todo, les suplicó que se fiasen de él, que los amaba como padre y en todo les buscaba su bien. Asegurados los indios de esta suerte, volvieron á San José no solo los habitantes de aquel pueblo, sino tambien todos los otros neófitos y catecúmenos pertenecientes á la mision, los cuales se refugiaron allí para ponerse bajo la proteccion de los soldados á cubierto de los insultos y tentativas de los rebeldes. Lo mismo sucedió en las otras dos misiones de Santiago y Santa Rosa, en donde por el mismo motivo se recogieron en las respectivas cabeceras todos los indios fieles; mas entre tanto los rebeldes quedaron dueños de los caminos y nadie podia pasar de una mision á otra sin riesgo de caer en sus manos.

El capitán del presidio del Cabo (porque en aquel tiempo aun no habia revocado el virey sus órdenes relativas á la independencia) pidió auxilio al de Loreto suplicándole particularmente que

le enviase muchos indios fieles y bien armados para perseguir á los rebeldes en las barrancas y lugares escabrosos, porque para esto no podia valerse de los pericúes, los cuales en vez de perseguir á los rebeldes para cogerlos, les darian aviso para que se escapasen. El capitán de Loreto le mandó algunos soldados con un competente número de guaieuras, enemigos de los pericúes y reputados de valientes. Con sus soldados y estas tropas auxiliares comenzó á perseguir á los enemigos para sojuzgarlos; pero estos no hallándose capaces de hacerles frente, huian por todas partes, y cuando se veian acosados se ocultaban en los lugares mas escabrosos é inaccesibles. A pesar de esto murieron varios y se cogieron algunos prisioneros, entre los cuales cayeron once de los cabecillas de la rebelion y de los más culpables; siete de ellos fueron desterrados de la península y los otros cuatro condenados á muerte, la que sufrieron después de haberse preparado como cristianos. Los restantes conjurados se presentaron espontáneamente sujetándose á la pena de azotes, á que fueron condenados, para evitar la de muerte que merecian y temian. De este modo terminaron los desórdenes de aquella inquieta nacion, y todos los que por temor á los rebeldes habian huido á las tres cabeceras de aquellas misiones, tornaron tranquilos á los lugares en que antes habitaban.



LIBRO CUARTO.

Nuevas órdenes del rey católico en favor de la California. Viajes al rio Colorado. Pretensiones extravagantes y desórdenes de los pericúes. Elogio de algunos hombres beneméritos de la California. Fundacion de las últimas cuatro misiones y supresion de otras. Estado de aquel cristianismo en 1767. Sistema de gobierno de las misiones y presidios. Expulsion de los misioneros jesuitas.

§ I.

FELIPE V CONSULTA AL CONSEJO. RESPUESTAS. CÉDULA DEL REY. EL PROVINCIAL LE INFORMA ACERCA DE LAS MISIONES DE SONORA Y CALIFORNIA. CÉDULA DE FERNANDO VI.

La California affigida por las revoluciones de los indóciles pericúes, fué en aquel tiempo consolada por el celo del magnánimo y religioso monarca Felipe V. No contento con haber mandado establecer el nuevo presidio para la defensa de las misiones meridionales de la península y con haber dispuesto en 1741 que se pagasen del